

La mesa del domingo

www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XVII N° 02

La Epifanía del Señor. 06 de enero de 2018

Guiados por su luz

Mateo 2, 1-12

El día de la Epifanía es uno de los días grandes del año cristiano y una de las significativas solemnidades de la Navidad. El Señor Jesús se manifiesta hoy a todos los pueblos de la tierra. En la segunda lectura, tomada de la carta de San Pablo a los Efesios se nos dice en un solo verso el sentido de esta solemnidad: «Que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Evangelio.»

San Mateo nos describe una de las escenas más hermosas de la Navidad; el viaje de los Magos de Oriente a Belén y su adoración al niño Jesús. Mateo redacta esta narración con el texto presente de Isaías 60, que hemos visto en la primera lectura. En ella se canta la gloria de Jerusalén porque ha aparecido la luz de Dios, el Señor amaneciendo sobre ella con toda su gloria; dromedarios y camellos llegando a la ciudad en peregrinación y llevándole incienso y oro. Los Magos, pues, se presentan en Jerusalén preguntando «por el rey de los judíos que ha nacido, porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo». Los Magos eran gente sabia, eran astrónomos que se dedicaban al estudio de las estrellas. Ellos llegan a Jerusalén guiados por la luz de Dios, guiados por una estrella; al salir de Jerusalén, la estrella comienza a moverse y les lleva hasta el niño en Belén. Ellos son extranjeros que han seguido la luz de Dios. Ahora, Dios se les revela en el niño de Belén. Los ángeles anunciaron el nacimiento del Señor en la noche de Navidad; ahora, la luz de Dios, que invade a todos los pueblos, manifiesta el nacimiento de Jesús a los sabios y a los pueblos de afuera.

Tres verbos nos dicen lo que hacen los Magos cuando llegan hasta el niño: ven, adoran y ofrecen. Ven porque la mente no puede negar lo que los ojos ven; “mis ojos han visto a tu Salvador” cantaba el viejo Simeón; ver porque la contemplación es otro modo de ver, un ver más profundo. Adoran postrados; ellos, sabios y estudiosos, se sienten pequeños ante la grandeza de quien tienen delante; saben que están ante Dios porque a un rey no se le adora, solo se adora a Dios. Y ofrecen; sus regalos son más bien una verdadera confesión de su fe: oro para un Rey, incienso para Dios y mirra para la sepultura de un mortal. Los tres dones ofrecidos reconocen al niño como Rey, como Dios y como hombre mortal. La luz de Dios, en su gran viaje, les ha revelado toda la verdad sobre el niño que han ido a ver.

Después de su estancia con el niño, vuelven a su tierra por otro camino. Herodes se había preocupado innecesariamente creyendo que tenía un rival en el niño de Belén; es por los prejuicios; no se ha abierto a la realidad del niño; ha dejado que sus prejuicios le cegaran. Jesús viene con una misión que cumplir y esa misión nada tiene que ver con Herodes ni con los poderes de este mundo. Los Magos fueron sin prejuicios, se dejaron llevar por la luz de Dios y por eso recibieron la revelación; Herodes no se dejó llevar por la luz de Dios y se quedó con sus prejuicios, por eso no recibió la revelación.

La historia de los Magos puede ser también una alegoría de nuestra actitud ante la luz que Dios nos pone; o nos dejamos guiar por ella, o nos mantenemos en nuestros prejuicios. Para recibir la revelación, hemos de seguir la luz, hemos de abandonar los prejuicios que nos condicionan. Jesús ha nacido de nuevo para nosotros esta Navidad; ¿qué hacemos ante él? Lo mejor es que hagamos como los Magos: ver, adorar, ofrecer. Ver es reconocerlo; adorar es servirle porque es nuestro Dios; ofrecer es presentarle el regalo que nos da vivir en su presencia y los frutos que da el esfuerzo que ponemos en vivir en fidelidad a él. Que la Epifanía no pase de largo en nuestras vidas: que hoy se renueve en nosotros la Epifanía del Señor.

P. Juan Segura.

www.seculorum.es

